

gracia para la salvacion del hombre.» (Bossuet.: *P. de N. B. V. M.*, 3, p.) Y este es el parecer de los sabios de la antigüedad como de los del día; parecer, no de unos panegiristas entusiastas y exaltados, sino de los más sabios doctores, como de los más Santos. Ella es la cooperatora perpétua de nuestra salvacion, y sin su intercesion se frustran en nosotros todos los esfuerzos de la gracia. «Veneremos, pues, á María, dice San Bernardo (1.º *De Nativit.*), con todos nuestros afectos, con todos nuestros votos y con todas nuestras fuerzas, porque esta es la voluntad de Dios, que quiso que todo nos viniese por María.» *Quia sic est voluntas ejus qui totum nos habere voluit per Mariam.*

Almas justas y fervorosas, invocad á María, para que os sostenga en el camino áspero y escabroso de la santidad, y caminando de virtud en virtud, podais llegar á la cima de la montaña santa donde Dios corona sus escogidos. Almas tibias é imperfectas, que arrastrais tan lentas y tardías el suave yugo del Señor, invocad á María para que excite en vuestro pecho un fuego divino, ántes que este Dios, irritado por vuestra indiferencia, os arroje de su boca, y os volvais á los placeres del crimen y perezcáis. Y vosotros, pecadores, que os hallais atollados en el lodazal de vuestros desórdenes, y al pensar en vuestro estado infeliz os horrorizais y desesperais de poder salir, que no creéis en la posibilidad de romper vuestras pasadas é inveteradas cadenas, invocad á María: con su socorro, todo será posible; las tinieblas se disiparán, el vicio perderá su fuerza seductora, la virtud os hará conocer los atractivos dulces y poderosos de la gracia, y entónces hallareis en la contricion y en la vida cristiana la paz y el sosiego que el mundo y las pasiones no pudieron daros, á pesar de sus gigantescos esfuerzos. Y tú, incrédulo, cuya pérdida parece inevitable, pues has declarado guerra abierta al cielo; si hay en tí algun resto de

compasion, invoca á María ántes que llegue aquel momento fatal que ha de resolver ese problema que tanto agita tu espíritu sobre la existencia de una eternidad; no temas llegar á sus virginales piés, y decirla en tu amarga perplejidad: ¡Oh Virgen! si es verdad que tanto podeis con Dios, y que todas tus peticiones son oidas; si es verdad que no hay salvacion sino en la Religion católica, y que la incredulidad es un error deplorable que conduce á la ruina eterna, obtenedme un rayo de esta luz divina que se ha extinguido en mi pecho; una luz que me enseñe el camino de la verdad; con esta señal conoceré que me habeis oido, caminaré alumbrado con los rayos de esta luz, y dejando mis extravíos, me acordaré para siempre que Vos me habeis dispensado este beneficio. ¡Oh impío! Haz la prueba; y por débil y tibia que sea tu oracion, yo te respondo y te garantizo que no será inútil, con tal que sea sincera; y acaso serás del número de los incrédulos cuyo corazon, tocado por una gracia victoriosa, y sacados como por milagro del caos de las tinieblas y el error, han pasado á la region de la verdad y de la luz.

De este modo nos asiste esta Madre piadosa en las necesidades de nuestras almas: de esta manera mira por nuestros intereses eternos; pero áun hace más, pues siendo Madre de los desgraciados hijos de Adán, envueltos en una nube de males, mira tambien por los intereses temporales de sus devotos. Y aquí, amados cofrades, espero vuestra benigna atencion; ya habeis comprendido que María es la que trasmite como un acueducto celestial las aguas de la divina gracia; que su proteccion no cesa con vuestra existencia temporal; más allá del sepulcro aún se sienten los efectos de su cuidado maternal hácia los hijos que adoptó en la Cruz. Pero su amor, imitando al del Padre celestial, se extiende á todas nuestras necesidades para subvenir las, á todos los males para dulcificarlos, á

los azotes del cielo para apartarlos, y aún á nuestras empresas legítimas y á nuestros asuntos temporales, para que salgamos de ellos con felicidad. Leed la historia del mundo, examinad los hechos de las naciones y de los hombres que se han puesto bajo su tutela, y os admirareis al ver los azotes del cielo detenidos, los ardores del fuego apagados, las familias consoladas, las fortalezas enemigas tomadas, los ejércitos vencidos, las naciones adversas subyugadas, los hombres rebeldes sojuzgados, la paz y la prosperidad establecidas, como en su lugar propio, en el centro de los pueblos devotos de María. Recorred las monarquías y las naciones católicas; examinad esa multitud de templos consagrados á su nombre en las ciudades y las aldeas, en el fondo de los valles y en la cima de los montes, en las riberas del mar y en las llanuras de la tierra; preguntad el motivo por qué se han construido, y vereis que cada uno es un monumento erigido para darla gracias por algun favor singular. Contad las fiestas instituidas en honor suyo por el Catolicismo, las congregaciones erigidas bajo su patronato inmediato, las cofradías cuya bandera es la bandera de María, y yo os responderé que todas son el monumento vivo y perenne, ó de la cristiandad afligida y librada como por milagro de las irrupciones de los bárbaros, ó de la opresion de los musulmanes, ó de los cismas, de las herejías y de las guerras civiles que la asolaban, ó de otros males extremos que la amenazaban y estaban para acabar con ella.

Yo pudiera hablaros de las últimas Congregaciones instituidas para obtener la proteccion de María; pues ahora más que nunca, que el espíritu de impiedad y de irreligion va dominando á los pueblos, introducido y propagado por los espíritus fuertes de esta época de soberbia y de presuncion, la Iglesia, como los varones celosos, procuraron poner bajo la tutela de María á los

pocos hijos que van quedando del inmenso rebaño que en otro tiempo componia el cuerpo de la Iglesia. Pudiera, repito, hablaros de la archicofradía del Corazon de María, que, fundada últimamente en Roma, ha sido ya extendida por casi todas las naciones de la Europa; pudiera traer á vuestra memoria la admirable cofradía de la Providencia, que los celosos Padres mis hermanos han plantado entre vosotros, y bajo cuya proteccion se hallan ya una gran parte de los habitantes de esta ciudad. Y ¿no habeis visto ya sus efectos? ¿No veis cuántas almas han dejado ya la senda del vicio y vuelto los ojos á la verdad? ¿No habeis visto cuántos jóvenes ilusos y extraviados por los sofismas de esos impíos y enemigos del Catolicismo que viven mezclados entre los verdaderos cristianos, han conocido sus errores y han entrado en el seno de la Religion, enjugando así las lágrimas de una madre afligida, y consolando á un padre que sólo temia bajar al sepulcro dejando á su hijo envuelto entre las tinieblas de la incredulidad? Todo esto pudiera contaros largamente; pero, ¡qué más prueba de mi aserto que vosotros mismos, vosotros los que habeis contribuido á estos cultos de María, que estais agregados á la cofradía del Cármen! ¿No es verdad que, prescindiendo de la grandeza y dignidad de María, que es motivo más que suficiente para tributarla todo honor y toda gloria, habeis querido asociaros á los hijos del Carmelo, porque están, por decirlo así, asegurados de la salvacion eterna, que es el más precioso interés que pueda ocupar el pensamiento de una criatura destinada á ser inmortal? ¿No habeis oido hablar á vuestros mayores de los prodigios que ha obrado para librar á sus devotos, de las lágrimas que ha enjugado, de los muertos que ha resucitado? ¡Oh, amados míos! Sí, lo habeis oido, y esto os ha excitado á venir á poneros bajo su proteccion.

Hé aquí descifrados los motivos que nos obligan á

ser devotos de María, adornada por el Eterno con tantos dones y privilegios. El hombre cuyo anhelo es amar lo más perfecto y lo más hermoso, ¿cómo no amará á esta Reina que reúne en sí todo cuanto hay de grande, de hermoso, de sublime y de celestial despues de Dios? Deputada por su Hijo santísimo para ser Madre de los mortales, habiéndolos Ella misma engendrado en el Calvario en la sangre de su Hijo, ¿cómo no la amaremos, cómo no la agradeceremos su solicitud y su ternura hácia nosotros? Y si estos motivos no son suficientes, muévannos á piedad nuestro propio interés, nuestra felicidad eterna, y acaso nuestros intereses temporales; todo depende de María, pues Ella es, segun San Antonino (p. h. l. 1. y cap. xx), la Madre de todos los bienes, y el mundo puede decir que todo le ha venido por medio de María.

Acudamos, pues, amados míos, con confianza al trono de la gracia de Dios. ¿Quién ha invocado á María, dice Inocencio III (Serm. 3. *De Asumpt.*), y no ha sido oído de Ella? ¿Quién rogó jamás el omnipotente auxilio de María, y fué abandonado? Postrémonos, pues, á sus piés, y digámosla con la Iglesia las dulces y grandiosas palabras con que la saludó el Angel: «Dios te salve, María, etc.»

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA FIESTA DE LA

VÍRGEN CON EL TÍTULO DE LA DIVINA PASTORA

SOBRE LA

ELLIACION DIVINA DEL HOMBRE EN EL VERBO ETERNO Y EN SU MADRE MARÍA.

Invisibilia enim ipsius per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.

Las cosas invisibles de Dios se ven por las visibles, si son comprendidas.

(ROMANOS, cap. 1, vers. 20.)

Hay, entre la gran serie de objetos que constituyen el mundo material, una sustancia invulnerable, siempre viva, siempre permanente, siempre inaccesible á los conatos con que se la quiera destruir ó se intente ocultarla. Entre los seres puramente materiales incapaces de sensibilidad y privados de razon, ella sola es la única que parece estar dotada de una especie de genio, cuya tendencia es vivificarlo todo, animar lo inanimado, realzar la hermosura é imprimir conocimiento á todas las cosas. Es el consuelo del que vive en lóbrega mazmorra, la esperanza del náufrago, la alegría del viandante, causa risa á las flores, da el tono al diapason de las avecillas de los valles, platea las aguas, dora los prados y sus mieses, y baña en torrentes de alegría á los hijos de Dios. Este genio vivificador es la luz.

Lo que es la luz respecto de los cuerpos materiales, es Dios respecto de los espíritus; y así como aquélla da